



EUROPA EN GUERRA

Enrique Brahm García

Profesor Titular de la Facultad de Derecho

El jueves 15 de enero recién pasado, por la mañana, me llegaron dos correos para invitarme a un par de reuniones en las que me explicarían el inicio de mi proceso de jubilación. El mismo día, por la tarde, llamaron de Rectoría para solicitarme que dictara esta charla. Parece que fue pensada como un discurso de despedida. En todo caso, muchas gracias sr. Rector; tener la posibilidad de inaugurar el año académico constituye un gran honor; gracias también a los demás miembros del Consejo de Rectoría y otras autoridades presentes y les agradezco su presencia a todos ustedes. Este marco de público resulta impresionante para una de las pocas reliquias que queda de la época de Bustamante.

Todavía en 1999, cuando me correspondió dictar una charla como esta, la inauguración del año académico tuvo lugar en el Aula Magna de Humanidades. En esa ocasión el tema fue la caída del “muro de Berlín”, símbolo del fin de la Guerra Fría, de la que se cumplían 10 años y que parecía ser el comienzo de una época de paz. Pero el desengaño llegó muy luego con las cruentas guerras que se desataron en el proceso de desintegración de Yugoslavia, en el que los países de Europa occidental se vieron sorprendidos por el renacimiento de un nacionalismo extremo con el que se llegó hasta la limpieza étnica y el genocidio. Y hoy se combate entre Rusia y Ucrania con riesgo de que el imperialismo de Putin pueda llevar la guerra al interior de Europa. Por lo

menos los países bálticos, Finlandia, Polonia y Moldavia – ocupados y violentados una y otra vez por los rusos durante el siglo pasado – se preparan para lo peor: la invasión y una posible guerra. El turno les correspondería luego a las tradicionales potencias de la Europa central y occidental.

Chile, en cambio, vivió sus últimas guerras a fines del siglo XIX: la del Pacífico entre 1879 y 1883 y la sangrienta Guerra Civil de 1891. No han faltado luego motivos de conflicto con nuestros vecinos, sobre todo con nuestros queridos hermanos de la República Argentina – estuvimos al borde de la guerra a fines del XIX y comienzos del XX y luego en la década de los setenta de este último – pero siempre terminaron triunfando las negociaciones diplomáticas y se salvó la paz. En el primer caso la tensión llegó al máximo al enterarse las autoridades chilenas de la fundación de San Martín de los Andes – cuando comenzaba el año 1898 - en el extremo este del lago Lacar, el que vuelca sus aguas hacia el oeste por lo que, según el *divortio aquorum* defendido por Chile, se trataba de territorio chileno. Como consecuencia de ello la tensión político-militar llegó a los extremos. Se consolidaron bandos belicistas a ambos lados de la cordillera, se aceleró la carrera armamentista, y el general Emilio Koerner llegó a elaborar un plan de guerra para invadir Argentina. Aunque tenía confianza en el triunfo, el socarrón Presidente de la República, Federico Errázuriz Echaurren, tenía una mirada más realista y de largo plazo. Con gran sensatez, sentido común y visión de futuro afirmaba en oposición a la guerra: “Yo veo atravesar la pampa, muy felices, a unos rotos nuestros trayendo desde Buenos Aires cada uno un piano de cola al hombro. Pero detrás quedará un odio inextinguible, que imposibilitará toda convivencia, porque vivirá alimentándose con la ilusión de la represalia”. No hubo guerra. Todo culminaría con los Pactos de mayo de 1902 por el que se estableció un Tratado

General de Arbitraje (árbitro, Su Majestad Británica) y una convención sobre limitación de armamentos navales, la primera en su género a nivel mundial, la que además resulto exitosa y todo se selló con el abrazo del estrecho.

Más conocida es la cuestión del Beagle que se precipitó cuando el gobierno argentino rechazó de forma unilateral el laudo arbitral dado por la corona británica en 1977. La guerra parecía inminente a fines de 1978, pese a los esfuerzos desarrollados por nuestro equipo diplomático encabezado por el Canciller Hernán Cubillos, cuando la mediación del papa San Juan Pablo II – promovida por Chile – la evitó en el último segundo.

No ha ocurrido lo mismo en Europa. Admiramos la cultura de las grandes naciones de ese continente, su actual desarrollo económico y su estabilidad política. Con alguna razón nos miran por encima del hombro y nos califican de “sudacas”. Pero en algo los superamos por lejos: durante el siglo XX y lo que va del XXI en Europa se han librado las guerras más terribles y mortíferas de la historia, dentro de las cuales se han cometido crímenes horrendos y se han consolidado una serie de regímenes totalitarios que han menospreciado la vida y ahogado toda forma de libertad.

Como bien se sabe, el ciclo de guerras europeas se inició en agosto de 1914 con el estallido de la Primera Guerra Mundial. Más allá del hecho de que este conflicto terminó teniendo un alcance universal, en su esencia se trató de una guerra europea, que se combatió sobre todo en Europa y cuya decisión se alcanzó en el frente occidental: la frontera entre el Imperio alemán y Francia. La guerra trajo consigo una escalada de violencia y muerte que marcó con su impronta el siglo XX y terminó con la autodestrucción de Europa. Durante el conflicto fueron llamados a las armas unos 65

millones de soldados de los cuales murieron en combate unos 10 millones y muchos más resultaron heridos. De estos últimos unos 15 millones sobrevivieron a la guerra con secuelas permanentes. Las pérdidas civiles – como resulta característico de una guerra total – superaron a las militares, incluso sin considerar a quienes fueron víctimas de la gripe española. De los primeros en enrolarse, para morir muy pronto, lo fueron los jóvenes universitarios europeos, henchidos de nacionalismo. Un catedrático de matemáticas recordaba a propósito del reclutamiento como “tras las banderas que ondeaban en el aire marchaban tomados del brazo y cantando himnos patrióticos estudiantes y trabajadores”. El filósofo Martin Heidegger, recién doctorado en la Universidad de Friburgo, se presentó de inmediato como voluntario, pero tuvo la suerte de ser rechazado por razones médicas. Ernst Jünger, el gran escritor, intelectual y aventurero alemán, recordaba: “Habíamos abandonado las aulas de las universidades, los pupitres de las escuelas, los tableros de los talleres, y en unas breves semanas de instrucción nos habían fusionado hasta hacer de nosotros un único cuerpo, grande y henchido de entusiasmo. Crecidos en una era de seguridad, sentíamos todos un anhelo de cosas insólitas, de peligro grande. Y entonces la guerra nos había arrebatado como una borrachera. Habíamos partido hacia el frente bajo una lluvia de flores, en una embriagada atmósfera de rosas y sangre. Ella, la guerra, era la que había de aportarnos aquello, las cosas grandes, fuertes, espléndidas. La guerra nos parecía un lance viril, un alegre concurso de tiro celebrado sobre floridas praderas en que la sangre era el rocío (...) ¡Ah, todo menos quedarnos en casa, todo con tal que se nos permitiese participar!”.

El entusiasmo nacional y bélico también alcanzaba a los intelectuales – como lo son tantos de los aquí presentes -, a

los principales exponentes de la cultura europea. Para el filósofo francés Henri Bergson, Presidente de la Academia de Ciencias, “la guerra contra Alemania que está comenzando es la lucha de la civilización contra la barbarie”. Para los profesores alemanes, por su parte, se trataba de un enfrentamiento entre la “cultura” (alemana) y la “civilización” (occidental). Así, para Max Scheller la guerra debía servir para superar el utilitarismo y el capitalismo que se asociaban sobre todo con Gran Bretaña.

Muy pronto el desengaño resultó terrible. La guerra no tuvo nada de romántico o de purificador, sino que se transformó en una carnicería dantesca que sepultó todos los ideales. Los generales se fueron a la guerra como si estuvieran en la época napoleónica, sin considerar la rápida evolución que habían tenido las armas de fuego: fusiles de repetición, ametralladoras, artillería de tiro rápido, con lo que la defensa alcanzaba una clara superioridad sobre el ataque, lo que transformaba las cargas frontales de la infantería en un verdadero suicidio.

Un ejemplo clásico es el de la ofensiva alemana sobre Langemarck en octubre de 1914. El grueso de las tropas atacantes lo constituían voluntarios, la mayoría jóvenes universitarios, enviados al frente con sólo un par de meses de instrucción. En tupida línea de tiradores, avanzaron a pecho descubierto hacia los fusiles de repetición de los soldados profesionales del cuerpo expedicionario británico, curtidos en las guerras coloniales. 40.000 estudiantes cayeron en el campo de batalla. No bastaba el valor para imponerse a la técnica. Pero la mayor parte de los muertos durante la Primera Guerra Mundial lo fueron por obra de las granadas de artillería. Todos los combates se iniciaban con bombardeos masivos que se extendían por varios días. Había una gran cantidad de desaparecidos: se trataba, en su mayoría, de soldados cuyos cuerpos resultaban

desintegrados por las bombas. Henri Barbusse, escritor francés antibelicista y comunista, en su clásico “El fuego”, escribía: “Tendrías que ver lo que nos cayó en Verdún (...). De los grandes y sólo de los grandes: 380, 420, de los dos 44 (calibre de los cañones). Si has aguantado el vapuleo allí, entonces puedes decir: ¡yo sé lo que es recibir un buen vapuleo! Los bosques segados como si fueran trigales, todos los refugios localizados y reventados, incluso los que tenían tres capas de vigas, todos los cruces de carreteras borrados, los caminos levantados y transformados en una especie de largos bultos de convoyes aplastados, en armamento destrozado, en cadáveres retorcidos y remetidos unos dentro de otros y como apilados a paladas. Veías a treinta tipos tendidos de golpe por el suelo, en una encrucijada; veías a soldados ascender girando sobre sí mismos, siempre a más de 15 metros de altura y restos de pantalones pegados a lo alto de los pocos árboles que quedaban (...) y durante meses esto sin cesar”.

Los mismos horrores, aunque con sistemas de trincheras menos sofisticados y con más guerra de movimiento se vivieron en Europa oriental, donde combatían alemanes, austríacos y turcos contra los rusos. Así como en occidente se solía vivir y pelear enterrados en el barro, en el este las temperaturas no superaban muchas veces los 10 grados bajo cero. Los heridos que quedaban tendidos en el campo de batalla se congelaban para luego ser devorados por los lobos. Tras la Revolución bolchevique de octubre de 1917, el ejército ruso vivió un proceso de desintegración creciente y los alemanes avanzaron casi sin resistencia hacia el interior del estado soviético. En marzo de 1918 Lenin debía firmar paz. En ese contexto Ucrania, bajo tutela alemana, se transformó en un estado autónomo. Alcanzaba su independencia por primera vez el estado que protagoniza la actual guerra que hoy afecta a Europa. Pero ella no duraría

mucho. Mientras en occidente la Primera Guerra Mundial llegaba a su fin el 11 de noviembre de 1918, en oriente una serie de sangrientos conflictos se extendieron hasta comienzos de la década de los veinte. Se peleó en Finlandia, en los Países Bálticos – los que consiguieron su independencia al igual que Ucrania -, en la Turquía de Kemal Atatürk – donde tuvieron lugar procesos de limpieza étnica de dimensiones gigantescas, incluyendo el genocidio armenio - y, sobre todo, en la Guerra Civil Rusa. Esta fue un conflicto horroroso, que se combatió sin fronteras fijas, entre los rojos y los blancos, pero en el que también se involucraron, ejércitos campesinos, anarquistas y también las distintas nacionalidades que buscaban consolidarse a costa del régimen bolchevique, como polacos y ucranianos. En ella los muertos, tanto militares como civiles, se contaron por millones. Durante su desarrollo Kiew, la capital de Ucrania, cambió de manos 17 veces. En medio de ella tuvieron lugar una serie de progroms contra los judíos; miles de negocios fueron saqueados y destruidos y en torno a los cien mil judíos fueron asesinados. Con el triunfo de los rojos en la guerra civil llegó a su fin la independencia ucraniana. En medio de ella se dio la guerra ruso-polaca donde estuvo cerca de concretarse lo que pareciera pretender hoy día Vladimir Putin. En un discurso secreto pronunciado por Lenin cuando sus tropas parecían a punto de ganar esa guerra, el dictador comunista señalaba: “Hemos aprendido que en algún lugar detrás de Varsovia no se encuentra el centro del gobierno burgués polaco, sino el centro de la totalidad del actual sistema del imperialismo internacional, y que las circunstancias nos ofrecen la oportunidad de hacer tambalear ese sistema y de hacer política no en Polonia, sino en Alemania e Inglaterra. De esta forma crearemos en Alemania e Inglaterra una zona totalmente nueva para la revolución proletaria contra el imperialismo mundial”. El

milagro del Vístula abortó los sueños de conquista del líder bolchevique.

Llamar período de entreguerras al que se extiende entre los dos conflictos mundiales, entre 1919 y 1939, no parece por eso muy adecuado. La guerra y las políticas de exterminio y de violencia extrema siguieron muy presentes durante esas dos décadas. Pueden recordarse al respecto la invasión italiana de Abisinia en 1935 y la Guerra Civil Española, conflictos ambos en los que se luchó con gran crueldad y en el que empezaron a hacerse comunes los bombardeos aéreos sobre la población civil. Pero otro tipo de violencia, todavía más extrema, afectaría a Ucrania. En medio del proceso de colectivización de la tierra impulsado por Stalin en la década de los treinta, para vencer la oposición de los campesinos y la resistencia nacionalista ucraniana, los comunistas, recurriendo a la fuerza del estado, procedieron a confiscar todo el grano de los koljoses. El resultado sería el Holdomor, una hambruna de dimensiones gigantescas que afectó a unos 70 millones de personas y terminó con la muerte de unos 8 millones, más de la mitad de ellos ucranianos. Como concluía un diplomático alemán en la zona, “en Ucrania ha sido liquidada la cuestión nacional”.

Al amanecer del 24 de agosto de 1939, en Moscú, se firmaba el Pacto nazi-soviético. Para sorpresa del mundo e incluso de los mismos militantes nazis y comunistas, Hitler y Stalin pasaban a ser aliados. Quedaba listo el escenario para el estallido de la Segunda Guerra Mundial. El tratado iba acompañado de un protocolo secreto por el que los líderes totalitarios se repartían esferas de influencia en Europa Oriental: se dividían por mitades Polonia y para la Unión Soviética quedaban los países bálticos y Moldavia. De inmediato fueron ocupados por la Wehrmacht y el Ejército Rojo, el que también atacó Finlandia. En ambas mitades de Polonia, una vez iniciada la guerra mundial – fuera del

ámbito estrictamente militar - se detuvo y asesinó por miles a los miembros de las clases dirigentes, como políticos, intelectuales, empresarios, terratenientes y sacerdotes. Herman Voss, catedrático de la Universidad de Posen, quien llegaría a ser el más prestigioso de los profesores de anatomía en la Alemania comunista escribía en su diario en junio de 1941: “Pienso que la cuestión polaca debe observarse sin sentimientos, desde una perspectiva puramente biológica. Tenemos que exterminarlos o si no ellos nos aniquilarán a nosotros. Y por eso es que yo me alegro por cada polaco que ya no vive”. En el sector alemán se inició la persecución de la población judía, la que empezó a ser concentrada en ghettos y asesinada, y en la mitad soviética el crimen más representativo estuvo constituido por la matanza de Katyn, donde se ejecutó con un tiro en la nuca a un par de decenas de miles de oficiales y miembros de los sectores dirigentes polacos. Cientos de miles – lo que también ocurriría en Estonia, Letonia y Lituania – fueron deportados a los extremos de la Unión Soviética.

La Segunda Guerra Mundial se había iniciado con la invasión de Polonia el 1 de septiembre de 1939, y con gran rapidez se extendió por buena parte de Europa y terminaría por llevar a la muerte a unos 50 millones de personas. Tras un par de años de cruentos combates – desarrollados a gran velocidad, gracias al empleo combinado de tanques y aviones, con los que se superó el empate de las trincheras característico del anterior conflicto mundial - la Alemania de Hitler ya había conquistado un imperio que se extendía desde Noruega a Grecia y de Francia a la frontera rusa. Pero el verdadero horror de la guerra se empezaría recién a vivir con el inicio de la Operación Barbarroja, el ataque alemán a la Unión Soviética el 22 de junio de 1941, donde se enfrentaron los grandes regímenes totalitarios: la Alemania de Hitler y la Rusia de Stalin. En un discurso pronunciado ante 250

generales que participarían en esa campaña – la gran mayoría de ellos parte de los sectores dirigentes tradicionales del país germano, los que no manifestaron ninguna objeción o protesta – Hitler señalaba que la que se iniciaba era “una lucha de aniquilamiento en la que no se debía conservar al enemigo”. Se trataba de conquistar Lebensraum, espacio vital, por lo que debían eliminarse unos 30 millones de eslavos para hacer espacio a los nuevos señores arios. Este objetivo no se alcanzó a concretar, sin perjuicio de que se asesinara o dejara morir a unos 3 millones y medio de prisioneros de guerra rusos y al millón de víctimas que murieron de hambre en el sitio de Leningrado.

Otro aspecto terrible de esta campaña que a veces se olvida es que durante ella se inició lo que terminaría por llamarse el holocausto. En efecto, tras las tropas de la Wehrmacht entraron en Rusia pequeñas unidades de policía, entre ellas los Einsatzgruppen de las SS, que tenían por misión ejecutar a los comisarios y dirigentes comunistas y a los judíos. Su acción consistió en exterminarlos, a través de fusilamientos masivos que terminaron por incluir a comunidades completas de judíos, incluyendo mujeres y niños. Según el testimonio de un participante en estas acciones “lo normal sería que las víctimas fueran acostadas boca abajo en la zanja que previamente se había excavado, para después dispararles un tiro en la nuca. En algunos casos los cuerpos de las primeras víctimas eran cubiertos con arena antes de que llegara el próximo grupo de ejecutados, mientras que lo normal más adelante sería que las nuevas víctimas debieran tenderse sobre los cuerpos de los recién ejecutados”.

Se suele creer que quienes estaban a la cabeza de los Einsatzgruppen debían ser algún tipo de criminales reclutados en los bajos fondos de Berlín u otras grandes ciudades alemanas. Pero la verdad es que buena parte de ellos eran jóvenes académicos con el grado de doctor, como

muchos de los aquí presentes. Por ejemplo, entre los días 29 y 30 de septiembre de 1941 tuvo lugar en Babi Jar, tras la conquista de Kiew por el ejército alemán, la mayor masacre de judíos ucranianos. En unos barrancos de las afueras de la capital de Ucrania fueron ejecutados 33.771 judíos. Esta operación fue dirigida por el comandante del Einsatzgruppe C, Dr. Dr. Otto Rasch, con un doble doctorado en Derecho y en Economía, y por el del comando especial 4ª a cuya cabeza estaba el arquitecto Paul Blobel. Luego vendría la implementación de los campos de exterminio con sus cámaras de gas.

Stalin condujo la guerra de una forma semejante. En manos rusas murieron cerca de un millón de prisioneros alemanes y a ello habría que agregar la deportación de naciones completas, consideradas poco fiables, a los extremos de Siberia y de Kazajistán, en condiciones terribles y destinados a trabajos forzados. Sería el caso de un millón doscientos mil alemanes del Volga y a ellos se debe agregar a los chechenios, ingusches, armenios, búlgaros, turcos y tártaros de Crimea. Según Nikita Cruchow Stalin no deportó a los ucranianos sólo porque eran muchos.

Ambos bandos en lucha practicaron una política de tierra arrasada, con lo que el sufrimiento de la población civil alcanzó cotas extremas. A medida que las tropas se retiraban destruían todo aquello que pudiera servir al enemigo, con lo que la población local se quedaba sin medios de subsistencia. Más todavía, cuando después de Stalingrado las tropas alemanas se vieron forzadas a retroceder y los rusos fueron recuperando su propio territorio, la población que había estado a veces por años en contacto con los alemanes era mirada con particular sospecha por Stalin, por lo que se los sometió a un violento proceso de soviétización, que incluyó nuevas deportaciones masivas. Otra vez los más afectados

serían los habitantes de los países bálticos, Ucrania, Polonia y Moldavia.

En la fase final del conflicto, cuando los soldados rusos dejaron su territorio y empezaron a adentrarse en Europa occidental se encontraron con sociedades que, pese a la guerra, vivían en condiciones materiales muy superiores a las de su “paraíso comunista”, que era lo único que habían conocido en su vida, con lo que aumentó su rencor el que se manifestó en grandes saqueos. Al llegar a la frontera alemana a esos motivos de odio se agregó el espíritu de venganza; los alemanes debían pagar por todas las atrocidades que habían cometido en la Unión Soviética. Unos 120.000 civiles murieron asesinados en el este de Alemania en los meses finales de la guerra y los incendios, robos y actos vandálicos de todo tipo estuvieron a la orden del día. Cientos de miles fueron llevados forzosamente a campos de trabajos al interior de Rusia. A la población femenina de Berlín le tocó sufrir la más grande violación masiva de la historia. El odio desatado lo expresaba con fuerza el poeta comunista Ilia Ehrenburg: “No sólo divisiones y ejércitos avanzan sobre Berlín... Mientras avanzamos a través de Pomerania se extiende ante nuestros ojos la campiña devastada y empapada en sangre de Bielorrusia... Alemania, girarás en círculos, aullando en medio de tu agonía mortal. ¡Ha llegado la hora de nuestra venganza!”

A esas alturas de la guerra y más allá de las muertes en los campos de batalla, que alcanzaron sus extremos en los últimos meses del conflicto, lo más duro para los alemanes había sido el bombardeo masivo a que fueron sometidas todas sus principales ciudades y que, además de la destrucción, provocaron la muerte de cerca de medio millón de civiles. Por ejemplo, la operación Gomorra que afectó a Hamburgo a fines de julio de 1943, en la que una mezcla de bombas incendiarias y explosivas provocaron en el centro

histórico de la ciudad un incendio pavoroso que costó la muerte a más de 40 mil personas. Por lo menos Europa se ahorró la bomba atómica la que todavía no estaba lista cuando la guerra llegó a su fin en ese continente.

Pero, como ocurrió tras el primer conflicto mundial, con esto no desapareció la violencia. Según lo acordado en la Conferencia de Potsdam, una vez terminada la guerra, varios millones de alemanes debieron abandonar – en condiciones durísimas que ocasionaron miles de víctimas – territorios en los que habían vivido por generaciones para establecerse dentro de las nuevas fronteras de la Alemania derrotada. Por su parte, los países situados tras la cortina de hierro se vieron sometidos a un violento proceso de soviétización forzado, que incluyó asesinatos masivos, deportaciones y campos de concentración (incluso se ocuparon algunos de los mismos que habían abandonado los nazis). En Europa occidental, si bien no hubo guerras, sus soldados combatirían en África y Asia en medio de los procesos de descolonización que ahora se aceleraron. Por ejemplo, los franceses lucharían en Argelia y en Indochina. En la guerra de Vietnam, durante la década de 1950, morían anualmente más oficiales que los que se graduaban en la escuela militar de Saint Cyr.

Desde fines de la década de los cincuenta la situación pareció estabilizarse y se asumió la división de Europa por la cortina de hierro como algo permanente. En la mitad comunista el sometimiento de la población era total y absoluto, por lo que el recurso a la violencia bélica sólo se haría presente para aplastar la revuelta de los obreros de Berlín en 1953, la húngara y polaca de 1956 y en la primavera de Praga de 1968. En paralelo, en la Europa occidental se vivía un milagro económico que se extendió hasta la crisis del petróleo de mediados de los setenta, lo que permitió consolidar el estado de bienestar y las instituciones democráticas, mientras avanzaba el proceso de unificación

europaea. Las guerras aparecían como algo ya totalmente superado. Así, por ejemplo, lo sostenía con gran seguridad el gran historiador militar británico John Keegan con el que compartimos en un seminario en Chile a fines de los ochenta.

Pero, de forma sorpresiva, cayó el muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 y, a continuación, se inició la desintegración de la Unión Soviética. Ya durante este proceso se hizo otra vez presente la violencia, desde el domingo sangriento en la capital de Lituania a la guerra de Chechenia. A ello habría que agregar, y es lo que mayor sorpresa causaría a Keegan y a los buenos burgueses europeos, la violencia extrema en medio de la cual consolidaron su independencia una serie de naciones que parecían haber desaparecido cuando en las paces de París de 1919 se inventó Yugoslavia, el Reino de los serbios, croatas y eslovenos. Frente a la idea de una Europa unida, revivían las pasiones nacionales características del período que precedió al estallido de la Primera Guerra Mundial y que parecían ser parte de un remoto pasado. Con ellas volvió a grabarse en la conciencia global el término “limpieza étnica”. Durante esos conflictos se calcula que hubo unos 300.000 muertos, la mayor parte de ellos civiles y prisioneros de guerra, miles de mujeres violadas y más de cuatro millones de refugiados. Todavía no se alcanza una estabilidad plena en la zona, lo que obliga a mantener tropas extranjeras, como la misión de paz del ejército chileno en Bosnia.

Hoy, en Europa, la guerra está localizada en Ucrania, que recuperó su independencia a comienzos de los noventa y que es víctima del tradicional imperialismo ruso. Los historiadores miramos el pasado; no predecimos el futuro, pero resulta evidente que la guerra avanza otra vez hacia el occidente europeo.

El viejo continente ha vivido en medio de guerras terribles desde comienzos del siglo XX hasta hoy. Chile, en el mismo período, no ha tenido ninguna. Sólo me queda agradecer a mi tatarabuelo Gaspar Brahm por haberse lanzado a la aventura de emigrar en 1863 desde Werl, en Westfalia, a un remoto lugar del planeta – Puerto Montt -, junto a su señora Gertrud Sprenger y a sus tres hijos pequeños: José, que terminó siendo párroco de Valdivia, Elizabeth y mi bisabuelo Christian. Que suerte tenemos de ser chilenos y de vivir en Chile. No dejemos de pedir por la paz.

Muchas gracias.